



LA

EVA

FANTASTICA

*Antología
de J. A. Molina Foix*

A pesar de los serios prejuicios en su contra por parte de la predominante sociedad patriarcal, la tradición de mujeres escritoras ha estado internacionalmente extendida y abarca casi todas las épocas y literaturas.

Los relatos siguen, arbitrariamente, un orden cronológico correlativo a la fecha de su publicación y cada uno de ellos viene precedido por una entradilla en la que se traza una breve semblanza biográfica de cada autora, detallando en lo posible la procedencia de cada escrito y las circunstancias que rodearon su gestación.

INTRODUCCIÓN

*Si esta antología hubiera salido a la luz hace tan sólo unas décadas, tal vez el antólogo habría tenido que justificarla de una manera u otra, apelando a la especificidad de la condición femenina o especulando con la existencia de una ficción propia y exclusiva de mujeres, reflejo de otra sensibilidad e imaginación. El tema ha sido debatido tan amplia y profusamente en estos últimos tiempos —numerosos libros lo atestiguan, como *The Venus Factor* (1972), de Vic Guidabia, o *The Female Imagination* (1975), de Patricia Meyer Spacks, por no citar los más lejanos y penetrantes ensayos de Virginia Woolf en *A Room of One's Own* (1929) y *Three Guineas* (1938)— que considero innecesario insistir en parecidos argumentos.*

*En cualquier caso, a pesar de los serios prejuicios en su contra por parte de la predominante sociedad patriarcal, la tradición de mujeres escritoras ha estado internacionalmente extendida y abarca casi todas las épocas y literaturas. Como ejemplo extremo cabría citar la época Heian del Japón clásico, en que la literatura era dominio casi exclusivo de las mujeres, hasta el punto de que la obra maestra indiscutible de aquellos florecientes años a principios del siglo XI de nuestra era, *Gengi Monogatari* (*Historia de Gengi*), considerada casi unánimemente como la primera muestra efectiva del género novelesco, fue escrita por una dama de la Corte llamada Murasaki Shikibu, y a otra cortesana, Sei Shonagon, se le atribuye la procaz crónica de las intrigas y refinamientos de la época titulada *Makura no Soshi* (*Libro de cabecera*).*

Sin alejarnos tanto en el espacio y en el tiempo, y ciñéndonos al género fantástico, motivo delimitador de esta antología, otra época propicia a la escritura femenina fue el período de finales del siglo XVIII y todo el siglo XIX, tal vez porque la mayoría del público a quien iba destinada era precisamente de ese sexo. Tanto la novela gótica como su sucesor el típico cuento de fantasmas Victoriano, ambos productos genuinos de la literatura anglosajona que se propagaron con éxito por toda Europa y América, estuvieron dominados por mujeres, al menos cuantitativamente. A los nombres consagrados e inevitables de Mrs. Barbould, Clara Reeve, Ann Radcliffe, Sophia Lee, Anne of Swansea o Eliza Parsons, podríamos añadir a la inclasificable Mary W. Shelley y toda una pléyade de escritoras hoy en día olvidadas pero que en aquella tenebrosa época histórica de irracional entusiasmo por la Edad Media y marcado regusto por lo macabro, gozaron de una sorprendente celebridad.

El plantel de escritoras victorianas de lo sobrenatural fue asimismo imponente: Mrs. Crowe, Margaret Oliphant, Mrs. Braddon, Amelia Edwards, Rhoda Broughton (sobrina de Le Fanu), Mrs. Riddell, Mrs. Molesworth, Mrs. Ellen Wood y un largo etcétera de nombres que hoy ya nadie recuerda. Al igual que sus antepasadas góticas, las escritoras victorianas se centraron en la producción de novelas, género por aquel entonces casi reservado a las mujeres, no tanto por el mayor tiempo de que disponían en su reclusión hogareña como por su capacidad de lectura incomparablemente superior a la de sus analfabetos maridos, quienes tenían a gala su incultura (recuérdese el viejo refrán castellano: «Novelas, no verlas»).

Una novedad importante con respecto a la época anterior fue la proliferación de revistas, muchas de ellas editadas por mujeres con un punto de vista exclusivamente femenino y dirigidas descaradamente a las esposas de clase media de las grandes ciudades industriales del Reino Unido. Publicaciones gestionadas y controladas única y exclusi-

vamente por mujeres, como *Family Herald Supplement* o *Young Ladies' Journal*, compitieron dura y ferozmente por el cada vez más extendido público femenino con las grandes revistas de difusión nacional, supuestamente «mixtas», como *Belgravia*, *Blackwood's*, *Argosy* o *Pall Mall Magazine*.

Esta creciente e imparable demanda de plumas femeninas aceleró considerablemente la incorporación activa de la mujer a las parcelas de la literatura y la crítica que todavía le estaban vedadas. Pero el mayor beneficiado fue, sin duda, el cuento, que ganó un espacio cada vez mayor en los hábitos lectores de la burguesía ilustrada, de la noche a la mañana ávida consumidora de esas revistas. En lo que a nosotros concierne, la época victoriana (que abarca casi todo el siglo XIX e incluso suele prolongarse unos años después de la muerte de la reina Victoria en 1901) nos obsequió con una novedosa variante del cuento de miedo: el cuento de fantasmas. Aunque su máximo artífice fuera J. Sheridan Le Fanu y M. R. James el albacea que definitivamente lo enterrara a comienzos de este siglo, fue éste sin duda un género dominado por mujeres, las cuales se movían en su interior como pez en el agua.

Su enorme difusión y popularidad se debieron en gran parte a una tradicional costumbre culto-festiva del pueblo británico: el anuario navideño, libro esmeradamente impreso y ricamente encuadernado, que solía regalarse por Navidad a modo de *christmas* laico y contenía todo tipo de pasatiempos y lecturas: jeroglíficos, charadas, historietas, mascaradas, pantomimas, villancicos, poesía, ilustraciones, acertijos, chistes, relatos de aventuras en países exóticos... e invariablemente cuentos de fantasmas. Al contar también casi todas las revistas con su número especial navideño, que rivalizaba abiertamente con estos anuarios, el campo era, pues, muy amplio, y como consecuencia floreció toda una generación de narradoras que, en conjunto, logró un variado ramillete de pequeñas joyas de la fantasía, algunas de las cuales pueden admirarse en esta recopilación.

Sin embargo, no por ello cesó del todo la antigua prevención en contra de la autoría femenina. La paulatina emancipación de éstas con el avance de nuestro siglo no logró desterrar completamente la todavía arraigada convicción de que la maternidad y la creación intelectual eran actividades incompatibles. De tal manera que bien entrado el siglo seguía siendo práctica habitual que las escritoras firmaran con seudónimos varoniles o ambiguos, cuando no se protegían directamente bajo el manto del apellido conyugal. Así por ejemplo a Karen Blixen, pese a nacer casi cien años después, le tocó seguir los pasos de George Sand y buscarse un adecuado nom de plume masculino. Y no es la única entre las escritoras aquí representadas, varias de las cuales se vieron obligadas de una manera u otra a hacer otro tanto, por lo menos hasta conseguir algo de notoriedad y solvencia. Véanse si no los casos de Edith Nesbit (que escondió su condición femenina detrás de una neutra inicial e incluso, a veces, firmó E. Bland, cuando no Mr. Hubert Bland), Violet Paget (conocida solamente por su seudónimo Vernon Lee), Sarah Jewett (que al principio de su carrera fue A. C. Eliot) o Everil Worrell (oculta con frecuencia bajo los alias O. M. Cabral y Lireve Monett).

Por lo demás, exceptuando a unas pocas: Emilia Pardo Bazán, Leonora Carrington, Rosa Chacel, Shirley Jackson, Muriel Spark y Patricia Highsmith (cuatro de ellas todavía vivas), el resto de las autoras integrantes de este volumen que han conseguido librarse del recurso al sobrenombre se han visto obligadas a pasear por el mundo el patronímico de su marido, aunque no fuera más que por seguir la norma y costumbre de sus conservadoras sociedades respectivas.

Pero no es intención de este antólogo trazar un bosquejo histórico de la literatura fantástica escrita por mujeres, ni menos aún de los avatares de sus conquistas civiles, sino tan sólo exponer los mínimos presupuestos que le han guiado en la confección de esta selección, realizada, como

todas, caprichosamente, sin más norma que el antojo y las preferencias personales.

Por razones obvias, el grueso de la lista pertenece al ámbito anglosajón. Hubiera querido incluir a escritoras de otras lenguas latinas (aparte del castellano y francés) e incluso de círculos más alejados, pero me lo ha impedido la escasez de muestras convincentes con que me he topado. El único criterio que ha presidido la siempre difícil elección (he rechazado muchos más cuentos de los que he incluido) ha sido la alternancia de asiduas al género o incontestables especialistas del mismo, como Mary Shelley, Mrs. Riddell, Elizabeth Bowen, Vernon Lee o Shirley Jackson, con otras cuya incidencia en la fantasía ha sido meramente circunstancial o colateral al resto de su obra, caso por ejemplo de George Sand, Elizabeth Gaskell, Virginia Woolf Rosa Chacel o Muriel Spark.

El concepto que he aplicado al término fantástico ha sido bastante amplio y tal vez algún lector me reproche la inclusión dentro de él del feroz surrealismo de Leonora Carrington, o el folklorismo poético de George Sand y Sara Jewett, o la precisa prosa ilógica de Rosa Chacel. Cuestión de gusto.

En cuanto al lote español —en el que, como es sabido, no hay apenas dónde elegir (tanto por lo poco propicio que se ha mostrado nuestro país para este tipo de literatura, como por el evidente retraso en la incorporación de la mujer a la práctica habitual de la escritura)— no he tenido más remedio que prescindir de la excelsa Rosalía de Castro (la Galicia celta sería la excepción a esta supuesta impotencia de nuestros compatriotas en el campo fantástico), cuyos «cuentos extraños» (como ella los subtitula) El caballero de las botas azules (1867) y El primer loco (1881) son más bien nouvelles, cuya extensión excede a los márgenes de este tipo de libros.

A no pocos sorprenderá la ausencia de escritoras sudamericanas. Ciertamente las ha habido y las hay excelentes,

como la pionera argentina Juana Manuela Gorriti o su paisana y más actual Silvina Ocampo, por no citar, entre las contemporáneas, a la mexicana Elena Garro, la peruana Carlota Carvallo o las cubanas Esther Díaz Llanillo y María Elena Llana. Todas ellas tendrían en principio cabida en este volumen si no fuera porque, al aparecer regularmente en las numerosas antologías de sus países de origen o de prosa latinoamericana, conocen entre nosotros una difusión mayor que las dos españolas elegidas para representar a la fantasía en lengua castellana.

Por idénticas o parecidas razones he prescindido voluntariamente de reputadas especialistas del género fantástico, como Ann Radcliffe, Margaret Oliphant, May Sinclair, Edith Wharton o las actuales Angela Cárter y Lisa Tuttle. Asimismo, pese al notable acierto de sus solitarias dianas, ha sido inevitable la exclusión de ocasionales francotiradoras de gran fuste como George Eliot, Charlotte Perkins Gilman, Katherine Mansfield, Willa Cather, Richmal Crompton, Marguerite Yourcenar o Flannery O'Connor, entre otras muchas.

Una última aclaración. Los relatos siguen, arbitrariamente, un orden cronológico correlativo a la fecha de su publicación y cada uno de ellos viene precedido por una entrada en la que se traza una breve semblanza biográfica de cada autora, detallando en lo posible la procedencia de cada escrito y las circunstancias que rodearon su gestación.

J. A. Molina Foix

La Eva fantástica

Mary W. Shelley
EL MORTAL INMORTAL

ELIMINADAS a la fuerza la mayoría de las clásicas escritoras góticas, por no frecuentar el relato breve o no haberse conservado ninguna de las escasas excepciones a la regla (caso de algún cuento extraviado de Clara Reeve), nadie mejor que Mary Wollstonecraft Shelley (1797-1851) para presidir esta antología.

Universalmente famosa por su imperecedero Frankenstein (1818), el resto de su interesante obra es apenas conocido, no solamente sus novelas autobiográficas Mathilda (escrita en 1819 aunque publicada póstumamente), Lodore (1835) y Falkner (1837), sino también sus otras novelas decididamente negras, como Valperga, or The Life and Adventures of Castruccio, Prince of Lucca (1823), The Last Man (1826) premonitoria de la ciencia-ficción al igual que su celeberrima opera prima, y The Heir of Mondolfo (1877), e incluso sus relatos, pese a que, por temática y estilo, son lo más indiscutiblemente gótico de toda su producción.

Incluido en la edición póstuma que Richard Garnett publicó en 1891 de sus Tales and Stories —junto a notables cuentos fantásticos, como «The Transformaron» o «The Dream», y otros que no lo eran, como el autobiográfico «The Parvenue»—, «The Mortal Immortal» (escrito hacia 1834) retoma el viejo mito del elixir de larga vida de los alquimistas medievales, uno de los cuales, Cornelio Agripa (citado en Frankenstein como maestro del doctor Víctor F.), desempeña un destacado papel en la trama.

EL MORTAL INMORTAL ^[1]

16 de julio de 1833... He aquí una fecha de aniversario memorable para mí. ¡Ese día cumplo trescientos veintitrés años de edad!

¿El Judío Errante? Por supuesto que no. Más de dieciocho siglos han pasado sobre su cabeza. En comparación con él, soy un Inmortal muy joven.

¿Soy yo, por tanto, inmortal? Ésta es una pregunta que he estado haciéndome a mí mismo día y noche, durante trescientos tres años, sin poder contestarla todavía. Precisamente hoy he detectado un cabello grisáceo entre mis rizos oscuros... esto sin duda significa decadencia. Pero puede que ese cabello haya permanecido oculto entre mis rizos durante trescientos años... Aunque lo cierto es que algunas personas tienen el pelo totalmente blanco antes de cumplir los veinte años.

Contaré mi historia y el lector juzgará por mí. Contaré mi historia, y esto me ayudará a sobrellevar esa larga eternidad que se ha convertido en una aburrida pesadilla. ¡Para siempre! ¿Puede ser esto posible? ¡Vivir para siempre! ¡He oído hablar de sortilegios en los que las víctimas eran sumidas en un profundo sueño para despertar al cabo de cien años tan jóvenes y frescas como antes: he oído hablar de los *Siete Durmientes*, en cuyo caso el ser inmortal no resultaba tan insoportablemente pesado...! Pero el paso del tiempo que nunca termina... el tedioso paso de las horas sucediéndose en silencio, ¡sin que nada enturbie su calma!

¡Qué feliz era el Nourjahad de la fábula...! Pero volvamos a mi historia.

Todo el mundo ha oído hablar de Cornelius Agrippa. Su recuerdo es inmortal, y sus artes me hicieron tan inmortal como su recuerdo. Todo el mundo ha oído hablar también de aquel discípulo suyo que, inconscientemente, convocó al enemigo en ausencia de su maestro, y fue destruido por él. Verdadera o falsa, la noticia de este accidente le causó muchos problemas al renombrado filósofo. Todos sus discípulos le abandonaron, y sus sirvientes desaparecieron. Se quedó sin nadie que alimentase el fuego de sus chimeneas, siempre encendidas mientras dormía, o que vigilase los cambiantes colores de sus pócimas mientras estudiaba. Los experimentos le fallaban uno tras otro, porque un solo par de manos era insuficiente para completarlos: los malos espíritus se reían de él por no ser capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Yo era entonces muy joven, muy pobre, y estaba muy enamorado. Durante cosa de un año había sido discípulo de Cornelius, aunque me hallaba ausente cuando el accidente tuvo lugar. A mi vuelta, mis amigos me suplicaron que no volviese a la morada del alquimista. Me estremecí al escuchar la siniestra historia que me contaron. No necesité un segundo aviso... Cuando Cornelius me ofreció una bolsa de oro si accedía a permanecer bajo su techo, me sentí como si el mismísimo Satán estuviese tentándome. Me castañetearon los dientes y se me pusieron los pelos de punta. Eché a correr tan aprisa como me lo permitieron mis temblorosas rodillas.

Mis inseguros pasos me llevaron al lugar que había visitado cada atardecer durante los últimos dos años: una saltarina fuente de pura agua viva, tras la que aguardaba una joven de negros cabellos cuyos ojos resplandecientes se hallaban clavados en el sendero que yo acostumbraba a recorrer. No puedo recordar la hora en que aún no amaba a Bertha. Habíamos sido vecinos y compañeros de juegos

durante la infancia —sus padres, como los míos, eran humildes pero respetables— y nuestro cariño había sido una gran satisfacción para ellos. Unas fiebres malignas acabaron en mala hora primero con su padre y luego con su madre, y Bertha se quedó huérfana. Hubiese encontrado un hogar bajo mi techo paterno, pero, por desgracia, la solitaria y vieja dama del cercano castillo, rica y sin descendencia, decidió adoptarla. A partir de ese momento Bertha vistió trajes de seda, habitó un palacio de mármol, y se convirtió en alguien altamente favorecido por la fortuna. Pero en su nueva situación y entre sus nuevas amistades se mantuvo siempre fiel al amigo de sus días humildes; visitaba a menudo la cabaña de mis padres y, cuando se le prohibía acercarse allí, solía vagar por el bosque cercano y encontrarse conmigo junto a su umbrosa fuente.

Ella declaraba a menudo que los sacrosantos lazos que nos unían estaban muy por encima de sus deberes para con su nueva protectora. Pero a pesar de ello yo era demasiado pobre para casarme, y poco a poco Bertha fue cansándose de sufrir por mi causa. Su espíritu altivo e impaciente se enfurecía ante los obstáculos que impedían nuestra unión. Al encontrarnos de nuevo tras mi ausencia se mostró obsesionada y dolida, quejándose amargamente y llegando a reprocharme el ser pobre. Yo le repliqué apresuradamente:

—¡Soy pobre pero honesto! ¡Si no lo fuese, podría hacerme rico con facilidad!

Esta exclamación provocó un millar de preguntas. Yo temía asustarla confesándole la verdad, pero me obligó a hablar, y entonces, dirigiéndome una desdeñosa mirada, dijo:

—¡Pretendes amarme y te asusta enfrentarte con el Diablo por mi causa!

Protesté diciéndole que sólo había temido ofenderla y escandalizarla, mientras ella se complacía en imaginar la magnitud de la recompensa que se me había ofrecido. De este modo, animado —y avergonzado— por ello, impulsa-

do por el amor y la esperanza y riéndome de mis pasados temores, me dirigí con paso rápido y corazón alegre a la morada del alquimista para aceptar su oferta, e inmediatamente me encontré instalado en mi antiguo lugar de trabajo.

Pasó todo un año y me encontré en posesión de una suma de dinero nada insignificante. La costumbre había disipado mis temores. A pesar de la vigilancia más estricta, no detecté nunca la huella de un macho cabrío, ni el estudioso silencio de nuestra morada fue jamás perturbado por aullidos demoníacos. Continuaba viendo a Bertha escondidas, y la Esperanza brillaba en mi horizonte... La Esperanza, pero no la alegría perfecta, ya que Bertha sostenía caprichosamente que el amor y la seguridad eran sentimientos enemigos y se complacía en enfrentarlos en mi pecho. Aunque de corazón fiel, era algo frívola en su comportamiento, y yo era celoso como un turco. Ella me hacía objeto de mil desdenes, aunque nunca reconocía su equivocado comportamiento: me volvía loco de ira, y entonces me forzaba a suplicar su perdón. Me quería rendido a sus pies, y cuando no era así siempre tenía a punto alguna historia sobre un rival al que su protectora favorecía. Se hallaba rodeada de jóvenes vestidos de seda, ricos y alegres. ¿Qué posibilidades podía tener el discípulo de Cornelius, pobremente vestido, comparado con ellos?

En una ocasión el filósofo me exigió que le dedicase todo mi tiempo, hasta el punto de que me fue imposible verla como ella deseaba. Cornelius se hallaba totalmente dedicado a un poderoso experimento, y yo me veía forzado a permanecer despierto día y noche alimentando sus hornos y vigilando sus preparaciones químicas. Bertha esperó en vano que yo apareciese por la fuente del bosque. Su espíritu altivo se rebelaba ante aquel supuesto abandono, y cuando por fin pude escaparme a hurtadillas durante los pocos momentos que se me concedían de descanso, corriendo a su lado para que me consolase, me recibió con

desdén, me despidió con desprecio, y juró que se entregaría a cualquier hombre antes que entregarse a aquel que no podía estar en dos lugares a la vez por su causa. ¡Estaba dispuesta a vengarse! Y por cierto que lo hizo. En mi oscuro refugio me enteré de que había estado cazando con Albert Hoffer, uno de los preferidos de su protectora. Los vi pasar a caballo ante mi ventana que vomitaba humo. Me pareció que mencionaban mi nombre, y que a continuación sonaba una risita, mientras sus ojos oscuros lanzaban una despreciativa mirada hacia mi ventana.

Los celos, con todo su veneno y todas sus miserias, hicieron presa en mi corazón. Ora derramaba un torrente de lágrimas, pensando que ya nunca podría llamarla mía, ora la imprecaba con una maldición tras otra por su inconstancia. Y entretanto debía alimentar y renovar los hornos del alquimista, y vigilar las alteraciones de sus ininteligibles pó-cimas.

Cornelius había permanecido expectante y con los ojos abiertos durante tres días y tres noches. El proceso que tenía lugar en los alambiques era más lento de lo previsto: a pesar de su ansiedad el sueño le pesaba sobre los párpados. Una y otra vez se sacudía la somnolencia con una energía sobrehumana; una y otra vez esa somnolencia se apoderaba de sus sentidos. Contemplaba anhelante los cri-soles, murmurando:

—Todavía no está a punto. ¿Pasaré otra noche antes de que mi obra se realice? Winzy, muchacho, tú estás alerta, tú me eres fiel... tú has dormido durante la última noche... Contempla ese recipiente de cristal. El líquido que contiene es de un suave color rosado: en el momento en que empiece a cambiar de matiz, despiértame. Hasta entonces, cerraré los ojos. Primero adquirirá un color blanquecino, y luego emitirá rayos dorados... Pero no esperes hasta entonces: en cuanto el color rosado se desvanezca, despiértame.

Murmuró las últimas palabras en sueños, por así decirlo, de modo que apenas pude oírlas. Pero ni siquiera entonces